



Llamaradas de Recuerdos

"Ella sueña cosas que no vivió"

Marina Nill

Llamaradas de Recuerdos

Ella sueña cosas que no vivió

Marina Nill

2009 – Resistencia ARGENTINA

Prefacio

Ahora que lo pienso...

Antes de comenzar, considero conveniente y necesario hacer una aclaración. Esta no es, como podría llegar a pensarse, una historia sobre Amanda. Si bien es indudable que ella es el centro del relato (pues sin la niña, sencillamente, no habría nada que contar), en realidad esta es una historia acerca de mí misma, de cómo fui cambiando a medida que descubría realidades superiores, que me fueron reveladas mediante mi hija.

Tampoco es mi intención convertir a nadie a otras filosofías. Lo que se me reveló fue trascendental para mí, pero no tiene por qué serlo para todos. Sé que hay dos clases de personas en el mundo: las que aceptan mansamente las doctrinas que les imponen desde su nacimiento (llámese cristianismo, islamismo, budismo...) y las insaciables o discutidoras, que siempre van en busca de más. Resulté pertenecer a este último grupo, finalmente. Sin palabras. No es que este hecho me deprima ni me colme de felicidad: es, simplemente, un hecho. Fui una del montón durante veinticinco años, supongo que porque, hasta entonces, jamás había tenido la necesidad de buscar otras respuestas. Y tampoco me lo planteé nunca de esa manera. Al principio, yo solamente **necesitaba** saber qué sucedía con Amanda, y poco me importaba el precio que tuviera que pagar. Terminé encontrando un Universo Superior; tan superior, que apenas llego a rozarlo con la punta de los dedos. Y esto me lleva a mi segundo descubrimiento: los que estamos en la búsqueda, dispuestos y preparados para conocer la realidad superior, somos minoría.

Es como una mala broma del destino. ¡A veces me siento como si tuviera una riqueza millonaria en las manos, con la que podría curar tantos males...!, pero tengo que conformarme con repartir limosnas, porque nadie acepta más que eso. Y la única persona a quien pude realmente abrirle mi corazón y ofrecerle mi tesoro, ya no está aquí.

Pero todas estas son reflexiones que poco sentido tienen separadas del contexto principal. Había dicho que esta es mi historia: la historia de una mujer común y corriente, que se encontró inesperadamente en medio de un torbellino de medios indicios, y cuya obsesión por encontrarles un sentido la llevó a penetrar en terrenos insondables para sus seres queridos. La historia

de una mujer que tuvo que cambiar radicalmente su manera de ver la vida, para poder seguir adelante... o, mejor dicho, que **quiso** cambiar su manera de ver la vida, porque aquello que había descubierto le pareció más fascinante y lógico que todo lo que le habían enseñado previamente.

Ahora se me presenta el primer problema. No sé cómo empezar esta historia, porque no sé cuándo comenzó realmente. A veces creo que la tarde que descubrí la fotografía..., aunque aquello fue más bien la primera prueba; nada más. Debió haber sido con el libro..., pero el libro fue como el broche de oro; la “pieza faltante”, la que le daba sentido a todo. A lo mejor comenzó con la llegada de Luciana y nuestras visitas a casa de tía Elena...

No, empezó antes, mucho antes. Empezó con Amanda; después de todo, ella fue quien trajo las llaves de la Sabiduría a mi vida. Todos los que tenemos hijos sabemos que los niños marcan un antes y un después en nuestras vidas, pero Amanda fue ligeramente diferente del resto de los hijos, y esto dicho en el más irónico de los tonos. Fue tan diferente de los niños que yo conocía, que más de una vez pensé que la había recibido de otro planeta. Su insoportable llanto, su impresionante eritema, el misterio de sus primeras palabras, su incomprensible tristeza, sus inequívocas afirmaciones... No eran productos del azar ni de su caprichosa imaginación. Había algo real e indiscutible detrás de todo.

Pero para llegar a Amanda tendría que hablar primero un poco de mí. Esta es mi historia, finalmente (creo haberlo dicho ya). Claro que, de no haber existido Amanda, no habría nada que decir. De modo que podría concluir en que es **nuestra** historia: la de mi hija, que buscaba desconsoladamente hacer las paces con su destino, y la mía, que encontré mediante ella el secreto de la felicidad.

Capítulo I

El Sueño

Nací en la capital correntina en otoño de 1954. Viví aquí toda mi vida. Mi madre me llamó Julia, por una vieja tradición familiar según la cual los nombres Julia, Juliana y Julieta se imponían alternativamente a la primera niña de cada generación, y mi padre añadió Mabel para no quedar al margen.

Nací con un buen destino. Mi padre era un comerciante exitoso y mi madre, ama de casa. Ella nos crió, a mí y a mi hermana Renata (que llegó dos años después que yo), con normas estrictas sobre la obediencia y el buen comportamiento. Vivíamos en la zona céntrica de la ciudad. Yo era muy sociable y tenía montones de amigos, de mi edad, más grandes y más chicos que yo. Fui una niña traviesa y desobediente y una adolescente ingobernable, según las quejas de mi propia madre. No obstante, superada esa etapa, mi relación con mis padres tomó un rumbo tranquilo, en el que yo trataba de seguir con mi vida lo mejor posible a pesar de sus intromisiones.

Me recibí de maestra (en aquella época, bastaba con ser egresada de la escuela normal para tener el título) y trabajé durante unos años. Me gustaban los niños, pero me involucraba demasiado en sus problemas familiares, y al final vivía apesadumbrada, porque no tenía manera de ayudarlos. Creo que aproveché la excusa de mi matrimonio para renunciar al trabajo y olvidarme de tantas frustraciones.

Walter merece una mención aparte. Muchas cosas eran las que me unían a él por entonces; más de las que nos unen ahora. Para empezar, nuestra relación se veía fortificada doblemente por la influencia de nuestros padres: Walter no sólo era hijo del socio más importante de papá; también era hijo de una amiga de toda la vida de mamá. Ergo, desde que nacimos tuvimos un estrecho contacto, involuntariamente impuesto por nuestros padres. Existió alguna vez (inevitablemente, tratándose de madres y amigas) la fantasía de un matrimonio entre alguno de sus hijos, pero nadie lo creyó seriamente hasta que empezamos a salir.

Walter tenía dos hermanos: Antonio, el mayor, y Clara, la más chica. En la infancia, todos habíamos concurrido a la misma primaria, y era frecuente que

nos encontráramos en los recreos para jugar. En aquellos patios se afianzó una mágica amistad, en la que Walter siempre me acompañaba, me escuchaba y me defendía, a pesar de las burlas que recibía de sus compañeros por estar con una nena. Luego crecimos e ingresamos a distintas escuelas secundarias, pero, debido a la estrecha relación que había entre nuestros padres, nunca perdimos totalmente el contacto.

Ambos tuvimos otros noviazgos previos al nuestro, pero ninguno duró demasiado. Solíamos cruzarnos por las noches, cuando salíamos a tomar algo, cada uno con sus respectivos amigos... y casi sin darnos cuenta, retomamos la vieja amistad de la infancia, que se veía ahora rodeada por la dorada aureola del amor. Al poco tiempo, nos encontramos saliendo románticamente.

Nuestro noviazgo duró un año y medio. Muchas de mis amigas me dijeron que estaba loca al casarme tan pronto, pero yo no veía razón para esperar. Ese año y medio correspondía al compromiso formal, pero nos conocíamos desde siempre. Además, teníamos veinticuatro años él y veintitrés yo. El trabajaba desde los dieciocho en la empresa de nuestras familias -un importante negocio de venta de electrodomésticos- ayudando a Luis, su padre, donde cobraba un buen sueldo, por lo que la situación económica tampoco era un impedimento. Por otro lado, nuestro casamiento era muy esperado por ambas familias. Para mamá, Walter era un muchacho trabajador, responsable y muy simpático. Para Cora Bianco, la madre de Walter, yo era una chica preciosa y decente, organizada y muy prolija en las tareas del hogar. Nuestra relación las colmaba de felicidad. ¿Para qué esperar?

Nuestros padres también festejaban. En un clima de excitación y felicidad, corrieron con todos los gastos de la boda: la ceremonia civil, el casamiento por iglesia en la catedral de Corrientes, una fiesta enorme, a la que invitamos a todos los parientes y amigos de la familia, y hasta un adelanto para que pudiéramos comprarnos la casa propia.

Dimos bastantes vueltas con lo de la casa, porque no lográbamos encontrar una que nos conformara a los dos. Walter quería algo grande, imponente, para lucirse ante sus amigos. Yo quería mucho jardín y una estructura segura para los hijos que vendrían. Creo que ése fue realmente el primer desacuerdo importante que tuvimos, pero como estábamos tan enamorados no lo vimos de esa manera: lo consideramos una insignificante diferencia de opiniones, que yo solucionaba

con pucheros y él con una pataleta fingida, como si fuéramos dos criaturas. Finalmente, tras mucho buscar, conseguimos una que nos encantó. El único inconveniente era que estaba bastante alejada del centro; pero, como Walter tenía auto, no nos pareció un problema insalvable.

Nos enamoramos de la casa apenas entramos en ella. La sentimos como si hubiese sido construida para nosotros. Estaba rodeada de un patio amplio lleno de maleza y cascotes, pero en mi mente yo lo veía primorosamente arreglado con hermosas plantas, rosales, jazmines, azaleas y alegrías del hogar. En la planta baja había una cocina comedor, un lavadero, una amplia sala de estar, un baño y una cochera. En la planta alta estaban los tres dormitorios y había otro baño. Los ambientes eran amplios, iluminados y bien ventilados. No veíamos la hora de firmar los papeles de la compra para empezar la mudanza.

Pasamos la luna de miel en Bariloche. Imaginábamos que la próxima vez que visitáramos la ciudad ya tendríamos hijos, y fantaseábamos con las situaciones que se presentarían. Yo era inmensamente feliz. Me sentía como si hubiera llegado al final de un largo camino, al feliz desenlace de una historia mágica. La alegría de mi familia, la mía propia, la casa, nuestros planes, los hijos... Jamás me hubiera imaginado que el camino recién comenzaba; y que esas cosas, que tanto ansiaba y valoraba ahora, en algún momento pasarían a un segundo plano en mi vida.

La vida de recién casados no nos presentó ningún contratiempo. Muchos amigos nuestros, que habían tenido noviazgos perfectos, empezaron con sus desacuerdos y problemas al poco tiempo de haberse casado. No fue nuestro caso. A pesar de que implicó un cambio enorme, porque nos tuvimos que acostumbrar a convivir y arreglárnoslas solos después de habernos pasado toda la vida bajo las alas protectoras de nuestros padres, no nos encontramos con desagradables facetas desconocidas de nuestro carácter.

A Walter lo ascendieron en el negocio y le subieron el sueldo. Yo renuncié a la escuela. Estar sufriendo inútilmente por los problemas de mis alumnos no era compatible con mi felicidad y expectativas. Era un gran cambio el que estaba viviendo, y quería disfrutarlo plenamente. Mientras Walter iba y volvía del

trabajo, yo arreglaba los interiores y renovaba los jardines. A menudo entraba en los cuartos vacíos y fantaseaba con los niños que los ocuparían, con sus ropas y juguetes desparramados por todas partes.

No tuve que esperar demasiado. A fines de septiembre, apenas dos meses después de la boda, confirmé mi primer embarazo. Lo celebramos con una cena espectacular a la que invitamos al resto de la familia. Como este bebé era el primer nieto y sobrino de ambas familias, hubo una emotiva escena cuando, a la hora de hacer el brindis, dimos la noticia. Todos acompañaron la espera con gran alegría. Visitas y regalos eran cosa de cada semana.

Fue un embarazo tranquilo, con un mínimo de molestias. Al cumplir el noveno mes, nació un varoncito. Lo llamamos Leonardo Sebastián. Como era nuestro primer hijo, ambos estábamos embobados y orgullosos. La criatura era idéntica a Walter, con su misma naricita recta, el rostro alargado, los ojos marrones rasgados y el cabello oscuro. Era un bebé sano y estaba siempre contento. Jamás dio demasiado trabajo: lloraba solamente cuando tenía hambre o necesitaba un cambio de pañales, pero yo vivía tan pendiente de él, que no le daba tiempo a reclamos. Hubo en mi vida un antes y un después de Leo, para nada comparable con lo que sucedió posteriormente con Amanda. Tuve que aprender a cuidar y atender al bebé, reorganizarme de acuerdo con sus horarios y necesidades y acostumbrarme a pensar en términos de que el niño estaba primero, pero yo había sabido que esto sería así. No fue para nada traumático.

Confirmé mi segundo embarazo antes de que Leo cumpliera siete meses. En esta ocasión no se trataba del hijo ansiosamente buscado, pero, al mismo tiempo, como en ningún momento me cuidé para evitarlo, tampoco me sorprendió. Me ilusioné con el bebé desde el primer momento, y no aguantaba las ganas de compartir la buena nueva. Sin embargo, todo fue muy diferente de lo que yo había imaginado. Walter se alegró, pero parecía estar más metido en los problemas de la empresa que en la espera de este hijo. Y cuando la noche de Navidad aproveché para contárselo al resto de la familia, la única que reaccionó eufóricamente fue Clara, que aseguró que esta vez sería una niña y que nos ayudaría a pintar la pieza de rosado y a decorarla. Cora no opinó nada, exceptuando un breve “felicidades”, y mamá me llevó aparte para aplicarme uno de sus discursos disciplinarios.

No tengo palabras para describir lo que sentí en ese momento. Esperaba que me felicitaran y me acompañaran en la espera, como había sido con Leo, pero en cambio me encontraba con algo muy parecido a la indiferencia y crítica. Discutí cada una de las cosas que me dijo mamá. No lo quería reconocer, pero había sido bastante irresponsable. No podía dejar la concepción de un hijo al azar, y menos aun cuando tenía la educación y los medios necesarios para darme el lujo de poder planificar responsablemente mi familia.

Mamá no estaba enojada: estaba preocupada. Yo había dado a luz ese mismo año. Mi bebé todavía mamaba. Tendría que haberme cuidado unos meses, por lo menos hasta que Leo cumpliera el año, para asegurarme salud y fortaleza en un nuevo embarazo. Dijo que, si bien los hijos se hacen de a dos, la mujer es doblemente responsable de la concepción. La mujer tiene el derecho y la *obligación* de cuidar su cuerpo y su vida. Encima, yo ya no podía pensar solamente en mí, sino en el hijo que ya tenía y me necesitaba, y en el hijo que estaba esperando, que precisaba una madre sana y fuerte para nacer saludable. Hablaba de su propia experiencia principalmente. Mamá sabía lo que era tener dos hijos seguidos, y hubiese querido ahorrarme la experiencia, porque deseaba lo mejor para mí. No sé por qué, se le ocurrió que incluso podía empezar a tener problemas durante el embarazo.

Tanto lo remarcó (no sólo esa noche, sino en los días siguientes), que Walter no tardó en sugerir que buscáramos una mujer que me ayudara con las tareas domésticas y a cuidar de Leo. Al principio me negué. Yo era la madre; me sentía capaz de cumplir con todo. Al fin y al cabo, no era la primera mujer que tendría dos bebés tan seguidos. Así que continué normalmente con mis obligaciones hogareñas, orgullosa de poder demostrarle a mi familia lo bien que podía con todo. Pero al finalizar el tercer mes sufrí unas pérdidas. La maldita predicción de mamá se había cumplido. La ginecóloga me recetó una medicación hormonal a base de progesterona y ordenó reposo absoluto, pues corría el riesgo de perder el embarazo. Fue como si mi vida entera se derrumbara. La profunda tristeza que me invadió los primeros días dio paso a una ciega obstinación. No aceptaba la posibilidad de perderlo. Pero estaba tan delicada que, muy a mi pesar, tuve que acceder a emplear una mujer. Así fue como Emilia llegó a nuestras vidas.

Emilia era una mujer madura (era difícil calcular su edad: aparentaba alrededor de cuarenta y cinco), sobrina de la mujer que ayudaba a Cora con la

limpieza. Tenía la piel curtida, los ojos marrones, pequeños y vivaces, y el cabello entrecano. Mientras hacía las tareas, tarareaba canciones de moda. En dos o tres horas terminaba con todo, pero no tenía reparo en quedarse el resto del día cuidándonos, y por el mismo sueldo.

Desde el primer momento demostró ser educada, eficiente, prolija y muy cariñosa conmigo y con el bebé. A cada rato subía hasta mi cuarto a preguntarme si me sentía bien y si necesitaba algo. Veía crecer mi panza con tanta ilusión y entusiasmo como si la criatura fuera de su propia familia. Me preguntó un día si no tenía curiosidad por saber qué era. Cuando asentí, resignada a tener que esperar hasta el momento del parto, me pidió mi anillo y la cadenita que llevaba siempre al cuello; acomodó el anillo como si fuera un dije, me hizo echar de espalda y, delicadamente, lo dejó flotar sobre mi panza. Unos pocos segundos permaneció completamente inmóvil; luego empezó a balancearse suavemente; al final, giró en círculos, a una velocidad increíble. Emilia sonrió.

–¿Qué le gustaría que sea? –preguntó.

Yo no estaba para pretensiones. Con tal de que el embarazo llegara a término y la criatura fuera sana, me daba por satisfecha. Sin embargo, como ya tenía a Leo, frecuentemente fantaseaba con que éste sería niña.

–Una nena sería lindo... Pero me da lo mismo, en realidad.

La sonrisa de Emilia se ensanchó.

–Es una nena, señora. Dentro de unos meses tendrá el casal.

Me alegré, pero sin ilusionarme demasiado. Emilia era del campo, y los campesinos eran ignorantes; al menos eso era lo que siempre aseguraba mi padre.

A pesar de que Emilia era una mujer alegre y simpática, el hecho de tener que pasarme los días enteros en cama me ponía de un humor tan malo, que a veces la sentía como una rival, que me robaba mi lugar en la vida de Leo. No toleraba que él la recibiera con los bracitos abiertos ni que jugara con ella. Varias veces desobedecí las órdenes de la ginecóloga y me levanté para hacerme cargo personalmente del niño, como si temiera que él olvidara que su madre era yo. Me deprimía no poder ocuparme de él como debía, como había soñado que sería, y me preocupaban las consecuencias que podría haber por este prematuro

desplazamiento por un hermano. Por fortuna, Leo seguía siendo el bebé alegre y tranquilo de los primeros meses: nada alteraba su mágico mundo infantil.

A medida que avanzaba el embarazo, empecé a sufrir alternativamente de insomnio y pesadillas. No sabía qué era peor: si las vueltas que daba para tratar de conciliar el sueño, alternando entre un calor sofocante que me llevaba a tirar las sábanas al costado y un frío tan intenso que me hacía temblar de pies a cabeza, o la desesperante sensación de asfixia y de estar cayendo en un precipicio con que despertaba cada vez que finalmente lograba dormir. Por más que trataba, no podía recordar los sueños; sólo persistía una sensación extraña entre desaliento, miedo y aflicción... que atribuí a mi estado por la manera como se desarrollaba este embarazo. Muchas veces también amanecía ligeramente afebrada y muy decaída. La ginecóloga me recetó unas vitaminas que no ayudaron demasiado a mejorar la situación.

Una noche, cuando estaba en el octavo mes, tuve un sueño que me impresionó de tal manera que jamás lo pude olvidar. En él veía la silueta de una niña, llorando desconsoladamente. Yo quería acercarme a ella, para preguntarle qué le sucedía y consolarla de su pena, pero una enorme pared invisible me lo impedía. Mientras tanteaba en busca de un picaporte que me condujera hasta ella, la llamaba por un nombre, que no era ninguno de los que habíamos pensado para el bebé. La niña me miraba a través de sus lágrimas, sin moverse, y luego bajaba la vista a su regazo. Yo seguía buscando el picaporte, con creciente angustia, pero lo único que hacía en realidad era apartarme más y más de ella. De pronto se me ocurrió que seguramente la puerta se abría de un sólo lado -el de la niña- y trataba de explicárselo a los gritos, para que me escuchase, pero me había quedado sin voz. Empecé entonces a golpear las paredes, pero mis manos no hacían ruido al chocar contra ellas. De repente, la pequeña levantó la mirada y me vio. Lentamente, se me aproximó, sólo lo suficiente para que yo pudiese ver la muñeca que cargaba entre los brazos: una hermosa muñeca antigua, de porcelana y melancólicos ojos marrones... La niña, cuyo rostro seguía en tinieblas, murmuraba un nombre...

Desperté bañada en sudor, aterrada. Aquello no había sido un sueño: era una premonición; estaba segura. En ese momento supe que tendría una niña, y supe también que estaría rodeada de circunstancias extrañas.

—¡Walter, tengo miedo! ¡Algo le pasa a la nena! —exclamé.

El se incorporó y me abrazó. Su contacto me tranquilizó de inmediato.

–Fue un sueño –murmuró, con voz ronca. Chistó suavemente y me acarició la espalda, entre sueños, tratando de calmarme. Pero yo no pude quitarme esa idea de la mente. Algo estaba mal. Y no tardaría en descubrirlo...

Capítulo II

La Niña

El parto se adelantó unos días, por un movimiento brusco que hice al levantar a Leo del suelo. El niño estaba aprendiendo a caminar, y en un descuido se fue de cabeza sobre el piso del baño. En el ajetreo de ir hacia él para alzarlo y calmarlo, rompí bolsa. Afortunadamente, no estaba sola en la casa: Clara había pasado a visitarme, y se encargó de llevarme hasta la clínica, cuidar a Leo y avisar al resto de la familia que había empezado el trabajo de parto. En cuestión de media hora, todos se habían reunido en el sanatorio, y esperaban con impaciencia el nacimiento de la criatura, tranquilizando sus ansias con comentarios de rutina. Cuando se hizo cada vez más tarde sin que hubiera novedades del parto, los abuelos regresaron a sus casas, resignados a que el bebé no se dejaría ver hasta el día siguiente. Renata se marchó con mis padres. Por un par de horas, Clara acompañó a su hermano en la espera. Finalmente, también ella desistió.

El bebé nació cerca de la medianoche, de parto normal, igual que Leonardo. Tal como predijera Emilia, era una nena. Me la mostraron rápidamente, antes de llevarla a higienizar. Yo la miré con ojos llorosos, feliz de estar oyendo su llanto furioso, de ver como agitaba sus puñitos... Finalmente, aquí estaba, sana y salva, después de tanto miedo y congoja. ¡Y parecía perfecta!...

De repente, me invadió una absurda sensación de angustia. Fui presa de un fugaz vértigo, y el corazón se agitó en mi pecho. Había algo mal en la niña. Quise atribuirlo a la tensión por la manera como se había desencadenado y desarrollado el parto, pero casi de inmediato mi temor cobró una forma real. La niña estaba enrojecida. Lejos de ser el color natural de su piel, parecía que hubiera estado durante horas bajo un ardiente sol de verano. Quise preguntarle a la enfermera qué pasaba, pero me evadió hábilmente. Había mucho movimiento en la sala de partos: por un lado, había que atender al bebé, y por el otro, ocuparse de mí. Antes de que me diera cuenta, me estaban trasladando a mi cuarto, donde me esperaba Walter, ansioso y feliz.

–¿Estás bien? –preguntó.

Asentí. Me sentía débil, pero bien. Ahora, lo que me preocupaba era el aspecto de la niña.

–Yo estoy bien, pero algo le pasa a la nena, Walter. Andá y pediles que me la traigan. Quiero verla.

–¿Por qué, Julia? ¿Qué pasa? –preguntó él, con asombro.

–Algo salió mal, Walter. Su piel está... roja, como si se hubiera quemado.

–¿Cómo si se hubiera quemado? Julia, ¿qué tan cerca la viste? ¡A mí la enfermera me dijo que todo estaba muy bien!

–¡Por favor, Walter, deciles que me la traigan un ratito!

Walter trató de disuadirme, pero fue inútil. Yo estaba empeñada. Finalmente me dio el gusto. Sin embargo, regresó al cuarto acompañado por la pediatra. La mujer fue muy amable. Me saludó cálidamente y me palmeó el hombro para tranquilizarme.

–Su beba está bien –dijo. Se veía tan segura de lo que decía, que me calmé de inmediato–. Ahora enseguida se la traen, pero primero tenemos que terminar de tomarle muestras para los estudios.

Sentí que me derrumbaba.

–¿Estudios? ¡Eso quiere decir que no está nada bien!

–Tranquila; no se adelante –replicó la médica, rápidamente–. Su nena nació con un eritema generalizado. Por eso le pareció verla tan roja, como si se hubiera quemado. No se preocupe, que la beba aparentemente está de lo mejor.

–¿Qué es eso? –preguntó Walter, empezando a preocuparse pese a la seguridad de la doctora–. ¿Es peligroso?

La médica sonrió tranquilizadamente y negó con la cabeza.

–El eritema son manchas de cambio de color en la piel –explicó–. Hay grados de gravedad, que es lo que estamos queriendo revisar, pero no se preocupen de antemano, porque su hija no tiene fiebre ni signos de infección. De todas formas, para prevenir cualquier sorpresa es que le estamos haciendo los estudios.

–Pero, ¿por qué nació así? La ginecóloga me aseguró que todo estaba bien, que...

–No se deprima, Julia; aparte de ser malo para usted, es malo también para el bebé y para su otro hijo. Mire, hay problemas que escapan a los chequeos ginecológicos del embarazo. De todas formas, no parece grave, así que no piensen más en esto hasta tener los resultados. Yo revisé a la nena. Quitando el eritema, está muy bien.

Era la pediatra y se veía muy segura de sus afirmaciones, pero yo era la madre y no me podía tranquilizar. Era mi hija lo que estaba en juego. Involuntariamente, recordé las pronunciadas amenazas de pérdidas que había sufrido durante el embarazo. Al nacer la niña creí que lo peor ya había pasado, que a partir de ahora todo estaría bien, y sentía que se me helaba el corazón con sólo imaginar que mi hija pudiera haber nacido con algún problema congénito.

Poco después, una enfermera entró en el cuarto con una muñeca enorme en los brazos. Era totalmente de tela y blanda como un almohadón de plumas. Prendida a la pechera del vestido con un alfiler de gancho, había una tarjeta. “*De Clara para su preciosa sobrinita.*” Yo no podía creerlo. Clara siempre lograba sorprenderme, pero nunca tanto como ahora.

–¡No pudo haberla comprado recién! –exclamé–. ¡Es más de medianoche!

Walter me dio la razón.

–Clara estaba convencida de que sería nena, por la forma de tu panza y otras estupideces que decían en un libro que se compró. Tuvo la muñeca escondida en su pieza desde abril. No quise contarte nada para no arruinarte la sorpresa –respondió, resignado a las ocurrencias de su hermana.

En ese momento entró otra enfermera, trayendo a la niña. Sonriendo, la dejó con nosotros y se retiró rápidamente, para no interrumpir la intimidad familiar.

Observé detenidamente a la criatura. Era un bebé precioso, de grandes ojos azules y pelusita dorada que le cubría la cabecita. Aquello me sorprendió enormemente, pues ni Walter ni yo éramos rubios. Ambos teníamos ojos marrones; pero, a diferencia de él, mi cabello era de un color caoba intenso. Indudablemente, la niña había heredado esas características de los abuelos. Cora era rubia, y a ella había salido muy parecido Antonio. Mi padre también era rubio, al igual que mi hermana. Pero jamás imaginé que un hijo mío pudiera parecerse a ellos.

Pasado el asombro, la acaricié y la saludé dulcemente. Todo en ella estaba perfecto, quitando esas manchas rojizas en su cuerpecito ardiente. De repente, la ternura de mi sonrisa desapareció y mi corazón se encogió. Sin haber pensado en él, el sueño de la niña se activó en mi mente. Algo muy malo estaba sucediendo; algo que estaba más allá de mi entendimiento, más allá del eritema, incluso. La estreché con fuerza contra mi pecho, como si así pudiera protegerla de todos los males, y le besé la cabecita.

Walter también se impresionó por el aspecto de la bebita, pero se ahorró los comentarios, seguramente para no avivar mi preocupación. Por el contrario, trató de relajarme bromeando conmigo acerca del nombre que le pondríamos a la niña y lo que serían nuestras vidas a partir de ahora, con dos criaturas chiquitas que atender.

–Me pregunto qué opinará Leo de Amanda.

Amanda era el nombre que él deseaba para su hija, pero a mí no me gustaba, porque me parecía anticuado. Además, a la niña le correspondía llamarse Julieta, como mi abuelita. Renata y yo crecimos mentalizadas con que la primera de nosotras que tuviera una hija, la llamaría Julieta. Era una tradición casi sagrada, que no tenía intenciones de cortar.

–Se llama Julieta –repliqué entonces, tratando de seguirle el juego y quitar de mi mente el sueño, pero no pude. Sabía que era una tontería, pero en ese momento tuve la certeza de que algún día una pared invisible nos separaría. Esta niña caminaría hacia mí con una muñeca en los brazos, murmurando un nombre...

– No, Julia, terminala con esa estúpida tradición. Conocí a tu abuela Julieta. Era una vieja odiosa y amargada. No quiero que mi hija se llame como ella. Quiero que tenga un nombre hermoso, nuevo, que sea suyo solamente. Amanda significa “que será amada por todos”, y eso es lo que más deseo para ella: que todo el mundo la ame.

–No es una tradición estúpida, y si mi abuela llegó tan mal a su vejez, fue por la vida dura que llevó. En vez de hacer hincapié en su único defecto, ¿por qué no recordás mejor su pila de virtudes?

Exactamente la misma discusión habíamos tenido varias veces al principio del embarazo, antes de que comenzaran las amenazas de pérdidas. Curiosamente, nos pusimos de acuerdo inmediatamente en los posibles nombres para otro hijo varón, pero nunca logramos congeniar para el caso de una nena. Luego, ante la sombra de la posibilidad de perderlo, suspendimos todos los jueguitos que tanto nos habían divertido mientras esperábamos a Leo. Ahora, felizmente, estábamos juntos, con una hija recién nacida en los brazos. Y no estábamos de acuerdo en algo tan elemental como el nombre que llevaría.

Poco después regresó la enfermera. Se llevó a la bebita y le pidió a Walter que se fuera, para que yo pudiera descansar. El se despidió con un beso y me

prometió volver a la mañana, para hacerme compañía, junto con el resto de la familia. Ya lo veía telefoneando a todos en cuanto llegara a la casa, para avisarles que había nacido una niña.

Me costó dormirme, a pesar de estar agotada. Me había obsesionado de tal manera con el recuerdo del sueño, que volví a soñarlo. El rostro de la niña estaba en tinieblas, por lo que no alcanzaba a verla: sólo notaba su silueta y el brillo de sus ojos tristes. La pared era invisible pero gigantesca; no me permitía avanzar hacia ella. La muñeca era preciosa; pude ver hasta el último de sus detalles: el cabello castaño enrulado, la corona de flores sobre la cabeza, los zapatitos blancos con una flor rosada cosida al empeine, el enorme moño rosado a la altura del pecho..., y la expresión dulce y melancólica de sus ojos marrones. La niña abrazaba a la muñeca y murmuraba un nombre...

Desperté angustiada. Me faltaban el abrazo de Walter y sus palabras cariñosas. Por la ventana se filtraba un rayo de luz. La enfermera estaba a mi lado, sonriente, con la beba en brazos. Les eché una rápida mirada y me incorporé, para amamantarla. Cuando la enfermera me la pasó, mi corazón se agitó y algo me detuvo en seco. Incliné la cabeza y la miré, atónita. La piel de la niña estaba sonrosada, suave y tibia, como si jamás hubiese existido el eritema. El alivio que sentí me ayudó a poner el sueño en segundo plano.

Antes del mediodía la pediatra me acercó el resultado de los estudios. La niña estaba en perfectas condiciones. No se explicaban la razón del eritema, pero definitivamente no era grave, o lo habrían descubierto en alguno de los análisis. Lo único que me importó en aquel momento fue que mi hija estaba bien. Lejos estaba de imaginar qué era realmente aquel eritema y qué representaba.

Capítulo III

¡Tan diferente de su hermano!

Después de discutirlo un par de días, acordamos llamarla Amanda Julieta. Clara la apodó cariñosamente Mandy. El sobrenombre, dulce y hasta frágil, parecía hecho a su medida. Unos días después, la pequeña había pasado a ser Mandy para todos.

Lo primero que me llamó la atención en ella, apenas regresamos a casa, fue su constante llanto desconsolado. Llegué a pensar que le dolía algo, que estaba enferma, que había alguna consecuencia oculta del eritema... Pero no tenía aspecto de estar enferma; sólo lloraba, incansablemente.

Había días cuando me enloquecía. Puesto que estaba sana, traté de encontrar alguna otra razón; después de todo, le brindaba el mismo cariño y las mismas atenciones que había tenido con Leo, y él nunca se comportó de esta manera. A pesar de que Cora y mamá me aseguraron que Leo había sido excepcional, que la mayoría de los bebés eran como Amanda, y que yo era inmensamente afortunada de que llorase de gusto solamente y no porque estuviera enferma, yo estaba segura de que había algo más.

Empecé a observarla. Me metí varias veces en su habitación por las mañanas, antes de que despertara, y me quedaba sentada en silencio al lado de la cunita. A la hora acostumbrada, la veía abrir los ojos, mirar a su alrededor, girar la cabecita, agitar las manitos... y empezar a llorar. Entonces le hablaba dulcemente, la alzaba, la llevaba a mi habitación, le cambiaba los pañales y le daba de mamar, pero todo era en vano. Un día se me ocurrió que podía estar teniendo gases. Le pedí a la pediatra que le recetara algún medicamento para aliviarla, pero tampoco funcionó. La niña lloraba hasta dormirse, sin importar que yo la dejara en la cuna o la meciera en mis brazos.

Para terminar de complicar las cosas, una noche reapareció el eritema, arbitrariamente, sin razón aparente. Días después me exprimí el cerebro tratando de descubrir qué pudo haberlo ocasionado, pero aquél había sido un día como cualquiera hasta la hora del baño. Emilia me había ayudado con las tareas por la mañana y a la tarde recibí la visita de Clara. Era frecuente que ella y Renata me visitaran; como no tenían hijos, aprovechaban a sus sobrinos para canalizar todo su amor maternal.

Amanda se había pasado llorando todo el día. Tanto Emilia como Clara trataron de tranquilizarla, sin gran éxito. Al anochecer yo estaba tan agotada, que ni siquiera tenía ánimos de pedirle a Clara que apagara su cigarrillo. Un montón de veces le había dicho que no quería que fumara delante de los niños, pero Clara aseguró que era suficiente con echar el humo hacia otro lado, y aunque yo sabía que no era cierto, esa tarde no tenía ganas de discutir. Ni siquiera me sentía con fuerzas para alzar a la nena y tratar de calmarla. Mientras Clara bailaba y parloteaba con Amanda en sus brazos y un cigarrillo entre los dedos, yo tenía la cabeza entre las manos y los ojos cerrados, en un estado de total impotencia, convencida de que no tardaría en enloquecer si la niña no se callaba pronto. Su llanto desesperado llamó incluso la atención de Leo, que la observaba en silencio, sin atinar siquiera a volver a sus juguetitos.

La niña se calló después de que Clara se fue. De repente la casa se sumió en un silencio profundo, al que ya me había desacostumbrado. Me la llevé al baño, para tenerla lista cuando Walter regresara de la empresa. Preparé el agua y empecé a quitarle la ropa. Entonces lo descubrí. Las manchas oscuras salpicando sus bracitos. Desconcertada, la acaricié. Parecía estar teniendo un poco de fiebre. Terminé de quitarle el resto de la ropa y confirmé, compungida, que las manchas habían invadido también el resto del cuerpo.

La dejé en medio de la cama, cubierta por la gruesa toalla, y fui a telefonar a la pediatra, preocupada.

–Se ve como si se hubiese quemado, pero le juro que no le pasó nada – expliqué.

–Tráigala. Vamos a ver qué pasa.

La vestí a toda prisa y arreglé el aspecto de Leonardo. Luego telefoneé pidiendo un taxi. Amanda fue llorando todo el trayecto, pero no era más aquel berrinche ensordecedor, sino más bien una queja, como la de cualquier niño enfermo. Yo le acariciaba la cabecita y murmuraba palabras cariñosas, como si eso pudiese aliviarla. Leo también la acariciaba y trataba de imitar mis palabras, conmovido por el dolor de su hermanita.

La doctora nos estaba esperando. Alzó a Amanda, observó las ronchas y le tomó la temperatura.

–Fiebre no tiene –dijo, finalmente. A mí me había dado otra impresión, pero el termómetro no mentía.

–Entonces, ¿qué es? ¿Está incubando algo?

–No –me la devolvió y se sentó delante del escritorio. Hizo unas anotaciones–. ¿Le sigue dando el remedio para los gases?

–De vez en cuando, sí. Sí, a menudo –me corregí.

Asintió.

–Puede ser una intoxicación con atropina. Suspendeda el remedio por ahora. Y vamos a hacer un análisis de sangre, para ver si está todo bien.

–¿Es grave? –insistí.

–No –sonrió la doctora.

Aquello no terminaba de convencerme.

–Parece que le duele. ¿Qué me podría recetar?

–Compresas de manzanilla. Paños húmedos sobre las zonas afectadas. Eso la va a aliviar.

Cuando regresamos, Walter nos estaba esperando, preocupado. Jugó un momento con Leo, como todas las noches al volver del trabajo, pero no nos quitaba la vista de encima a mí y a la niña.

–¿Qué tiene? –quiso saber.

Se lo conté en pocas palabras, y remarqué especialmente el hecho de que se veía igual que al nacer. Walter la miró y estuvo de acuerdo, pero sugirió no generar un problema de algo que seguramente era común en los niños. Traté de seguir su consejo, pero no pude. Dormí preocupada, con el sueño entrecortado y el oído atento a cualquier quejido que saliera de la pieza de la niña. Pero no sucedió nada en toda la noche.

Al día siguiente su piel se veía tan blanca y saludable como siempre. Incluso pensé que me había apresurado al llevarla a la doctora. De todas formas, se hizo el análisis. Yo me sentía dividida entre el deseo de que se descubriera la causa de ese enrojecimiento –para poder darle el tratamiento adecuado y curarla definitivamente– y la necesidad de que todo estuviera en orden. Finalmente, el análisis reveló que todo estaba bien. Pero entonces, ¿a qué se debió la afección?

–Lo más probable es que hayamos abusado de las gotas, Julia –decretó Walter, cuando decidió que se había hablado suficiente del asunto–. Vas a ver cómo ahora que las suspendimos no vuelve a pasar.

Se equivocó. Volvió poco después, con la diferencia de que en esa ocasión no fui hasta el consultorio. Me limité a llamar a la pediatra para ponerla al tanto y

pedirle su opinión. La doctora simplemente repitió el consejo de las compresas de manzanilla y añadió que si amanecía igual o con fiebre, querría verla. No fue necesario. A la mañana siguiente, la niña estaba perfectamente.

El eritema siguió presentándose periódicamente, pero en cada oportunidad me impresionaba menos, como si me hubiera inmunizado ante la vista de la suave piel enrojecida. Hábilmente preparaba las compresas y envolvía a la niña en los paños, mientras le hablaba sobre lo bonita que era y lo mucho que había crecido. Amanda me observaba seriamente, con sus ojazos redondos que no perdían de vista mis movimientos.

Efectivamente, en los cinco primeros meses había crecido mucho. Y a fuerza de estar todo el día con ella, yo había llegado a la conclusión de que era una niña especial. Había un halo alrededor de ella, que la hacía diferente de cualquier otra criatura que hubiera conocido. Su mirada, profunda y atenta, sus movimientos delicados, su extrema sensibilidad...

Descubrí un día que en la casa había algo que la asustaba. Yo distinguía muy bien un capricho de un gemido de dolor y de un llanto angustioso. Pero no entendía qué podía perturbarla de tal manera. Empezaba a llorar suavemente y terminaba a los gritos, tratando de esconderse dentro de mi pecho, como desesperada. Siempre empezaba repentinamente, en cualquier lugar. Deseché juguetes, cuadros y ruidos sorprendidos. Era otra cosa.

Cuando encontramos la causa, no pudimos creerlo. Les temía a los espejos. Fue Walter quien lo descubrió, una noche, mientras trataba de jugar con ella. Se paró delante del espejo del ropero, con la niña en brazos, y le mostró la imagen, poniéndose en pose como si fueran a sacarles una foto. Ella se echó a llorar y escondió la cabecita contra el pecho de Walter. Él creyó que se había golpeado; la consoló rápidamente y, cuando ella se calmó, prosiguió con el juego. La niña lloró nuevamente. Sorprendido, él se paró intencionalmente a escasos centímetros del espejo. Amanda giró la cabecita sin dejar de llorar y escondió la cara sobre el hombro de su padre.

–Algo le pasa –observó él, confundido.

–Es así todo el tiempo –asentí.

Una vez más, no pudimos dejar de comparar a nuestros hijos. Desde que Leo nació y yo me hice cargo de él -primero en la amplia alcoba matrimonial y después en su habitación- uno de sus juegos preferidos era asomarse al espejo.

A mí me encantaba la sorpresa con que el niño miraba su reflejo, la forma como reía y batía palmas. Entendíamos que ése no tenía que ser el juego favorito de todos los bebés, ¿pero que le provocara semejante ansiedad...? Nos pasamos con Walter la siguiente media hora conjeturando acerca de la posibilidad –extraña, por cierto– de que Amanda sufriera de eisoptrofobia; es decir, fobia a los espejos. Cada vez que la obligábamos a ver nuestras imágenes reflejadas, la pequeña volvía el rostro, llorando. La dejamos en paz cuando nos dimos cuenta de que estaba realmente nerviosa. Desde ese día, evitamos su contacto con los espejos.

Capítulo IV

“Está não è meu rosto!”

Amanda creció sana y fuerte. Paulatinamente fue superando la etapa de los berrinches. A los ocho meses empezó a gatear y a los diez caminaba sin la ayuda de nadie. Al cumplir un año era una nena de mirada profunda e inteligente y muy tranquila, a la que frecuentemente encontrábamos jugando con sus ositos de peluche y muñecos de plástico. Pocos meses después descubrimos otro detalle inusual en Amanda. No quería hablar.

Al principio no nos dimos cuenta. Estábamos tan acostumbrados a su mudez, interrumpida solamente por estallidos de llantos, que tenerla a nuestro lado en silencio nos parecía lo más natural, aun cuando Leo hablaba sin cesar, en el lenguaje confuso y entremezclado de los niños pequeños. Pero después de haberme reunido con un grupo de ex-compañeras de estudios, observé que las hijas más chiquitas de mis amigas hablaban perfectamente, a pesar de que muchas no cumplían aún los dos años.

–¡Qué adelantadas! –observé, admirada.

–¿Adelantadas? –repitió una de mis amigas, sorprendida–. No lo creo. Es que están en la edad.

Aquellas palabras golpearon brutalmente mi ego de madre. Amanda también estaba en la edad; sin embargo, ni siquiera jugando trataba de imitar sonidos. Su sistema de comunicación consistía en pararse al lado de una persona, estirarle las ropas y señalar lo que deseaba. Ingenioso para un bebé, no para una niña de año y medio que debería haber estado ensayando sus primeras frases.

Desde entonces, Walter y yo tratamos de enseñarle algunas palabras. Señalábamos los objetos y los nombrábamos remarcando las sílabas. “*O-si-to*”, “*Le-o*”, “*ma-má*”, “*pa-pá*”, “*au-to*”, “*mi-chi*”, “*tic-tac*”... Amanda nos observaba, siempre en silencio, sin dar señas de querer repetir nada. Y jamás logramos sacarle un solo sonido.

Dada la situación, empecé a conversar con cuanta madre o abuela de confianza se me cruzara. Todas tenían niños superdotados, que habían empezado con los primeros sonidos a los seis u ocho meses, que al año y medio decían unas cuantas palabras y a los dos se hacían entender bastante bien. A

veces pensaba que mi hija era la única criatura del mundo que se negaba a hablar, y ni siquiera podía imaginarme las razones.

Cora y mamá no fueron de gran ayuda.

–Aún es pequeña, Julia; no insistas o la vas a traumatizar. No todos los chicos son tan rápidos. Vas a ver que un día de estos se larga –palabras más, palabras menos, fue la solución que ofrecieron ambas.

Pero pasaba el tiempo y Amanda seguía muda, con la mirada fija en nosotros, como si nos estuviera analizando. Finalmente, decidimos ir a la pediatra. La doctora, acostumbrada a nuestras insólitas consultas, escuchó el problema atentamente. Cuando terminamos miró a la niña, que caminaba por el consultorio, y la llamó suavemente. De inmediato Amanda se dio vuelta y se quedó observándola, curiosa.

–¿Siempre responde a su nombre? –preguntó. Nosotros asentimos. Ella lo apuntó–. Por lo que veo, la nena está bien. Obedece a su nombre y reacciona ante los sonidos, así que sorda no es. Caminó antes del año, de modo que tampoco es un retardo psicomotriz. Evidentemente tampoco es autismo. En realidad, creo que no habla porque no quiere. Tal vez ni necesite hacerlo, pues ustedes entienden lo que desea y se lo dan sin que tenga que esforzarse pidiéndolo.

Jamás lo habíamos visto de esa manera. A partir de entonces, empezamos a hacernos los desentendidos cada vez que sentíamos el tirón en las ropas y ya no le alcanzábamos lo que señalaba. En lugar de empezar a hablar, Amanda conseguía por sus propios medios lo que deseaba o se largaba a llorar. Pero ninguna palabra.

Finalmente, habló. Fue una tarde, a principios de agosto, mientras nos preparábamos para visitar a los abuelos Bianco. En la excitación previa al paseo, Walter y yo conversábamos. Leo, tirado sobre el piso, jugaba con una camioneta de plástico, imitando con fuerza el sonido del motor. Amanda caminaba de un lado a otro, incómoda. De repente, soltó un gruñido de fastidio, tan fuerte que llamó la atención de todos.

Estaba parada delante de la puerta abierta del ropero y observaba su reflejo en el espejo. Automáticamente, fui para cerrarla, pero la niña me lo impidió, interponiéndose. Clavó su mirada en mí y con su dedito índice señaló la imagen. Después, con un gesto de impaciencia, exclamó:

–Mai, está não è meu rosto!

Walter y yo nos miramos, sorprendidos. Teníamos apenas los conocimientos básicos de portugués, para manejarnos cómodamente cuando viajáramos a Brasil, y acabábamos de reconocer un par de palabras. Pero no era posible. Seguramente era la emoción por estarla oyendo hacer su primer esfuerzo lo que nos hacía imaginarlo.

Sin embargo, Amanda insistió. Señaló de nuevo el espejo y repitió:

–Não è meu rosto, mai.

Ahora sí, reconocimos muy bien las palabras. Pero nos parecía absurdo. ¿“*No es mi cara*”? ¿Y encima dicho en portugués? ¿Qué sería lo que la niña trataba de decirnos?

Amanda nos miraba insistentemente, con el ceño fruncido, como si estuviese enojada.

–Não è meu rosto –repitió, disgustada. Inútilmente le busqué otros posibles significados a lo que estaba diciendo. Miré de reojo a Walter, pero él sólo permanecía con la vista fija sobre Amanda, tan asombrado como yo por esas palabras. Incluso Leo dejó de jugar para ver lo que sucedía. Como todos nos quedamos quietos y nadie hablaba, tomó la iniciativa.

–¿Qué dijiste? –le preguntó. El no entendía portugués, pero había oído hablar a su hermanita y quería comunicarse con ella.

Amanda comenzó a sollozar, sin moverse de su lugar. Conmoverlo, él la tomó de la mano, al tiempo que decía:

–No llores. ¡Vamos a casa de los abuelos Bianco! ¡Vamos a jugar!

Amanda se soltó bruscamente y se alejó, sollozando. Cerró de un portazo el espejo del ropero, se recostó contra él y fijó la vista en un punto lejano. Ignoró por completo las dulces palabras de su hermano. Luego insistió.

– Porquê mudo? Onde está David? Eu quero a David!

Nos miraba suplicante, pero ninguno de nosotros tenía las respuestas. Inútilmente tratamos de consolarla. Aún no lo sabíamos, pero habríamos de escuchar muchas veces aquel nombre.

Capítulo V

Curiosidades

Resultó que Amanda hablaba muy bien: tenía un vocabulario rico y abundante. Lo descubrimos en los días siguientes. Paulatinamente, la nena dejó de señalar las cosas y tirarnos las ropas, para expresar sus deseos..., siempre en un portugués perfecto.

Se nos reveló de esa manera que era muy conversadora. Nadie se salvaba de sus largas pláticas: ni nosotros, ni Emilia, ni los tíos y abuelos; ni siquiera los allegados a la familia, en su gran mayoría extraños para ella. Amanda se acercaba tímidamente, saludaba con un breve “*olá*” y, acto seguido, se ponía a contar sus últimas novedades: un juguete nuevo, una reprimenda, el paseo a la plaza... Como era una criatura pequeña y tan hermosa, peinada con su flequillito y las dos colitas, y sus redondos ojos azules que parecían analizarlo todo, a nadie le disgustaba su presencia. Lo que nunca dejó de llamarnos la atención, fue que hablara en portugués. Lógicamente, el detalle del idioma fue una de las primeras piezas del rompecabezas, al que posteriormente le encontré tanto sentido como a todo lo demás, pero en aquel momento no lo entendía. No había brasileños ni portugueses en la familia ni en el círculo de amigos, exceptuando a Clara, que solía viajar a Brasil en las vacaciones y tenía un excelente manejo del idioma, pero nunca lo practicaba cuando estaba de vuelta en casa. Era imposible que Amanda supiera portugués. Y, sin embargo, era obvio que sí.

Los pocos conocimientos que Walter y yo teníamos del idioma salvaban la circunstancia. Se generó una situación bastante insólita, en la que Amanda hablaba en portugués y todos le respondíamos en castellano. Los abuelos primero pensaron que la niña tenía algún problema auditivo o de dicción, pero Clara terminó con todas las dudas. Lo que nadie podía explicar era la razón de que hablara aquel idioma.

Pero no era solamente el idioma. A menudo, la niña despertaba por las noches, llorando, llamándonos... Aunque, en honor a la verdad, debería decir que la mayoría de las veces llamaba a Walter solamente. El se levantaba, con ese solemne aire protector que se fue potenciando con los años, y corría hacia la habitación de su hija. Allí la alzaba, le hablaba y la acariciaba, hasta que volvía a dormirse.

Al principio sentí celos de él. Después de todo, Amanda era una nena chiquita y yo era su madre. Los niños pequeños prefieren a su madre, a menos que ésta fuera un monstruo, y no creía que fuese mi caso. Incluso Leo, que era muy unido a Walter, acudía a mí ante cualquier percance. Me molestaba que no fuera igual con Amanda.

Pero, al cabo de un tiempo, algo me llamó la atención. Amanda gritaba "*Pai, vem; pai, vem!*", "*Quero a meu pai!*", pero no se tranquilizaba con la presencia de Walter. Es más: seguía llorando, gritando y pataleando, a menudo asegurando que "*Você não é meu pai!*", hasta quedarse dormida. Llegué a pensar que si nadie acudía a su llamado, haría exactamente lo mismo. Era como si hubiera estado sumida en una profunda pesadilla, con los ojos abiertos.

Esporádicamente la oía llorar también de día. En estas ocasiones, además de a "su papá", llamaba también a David. A veces se enojaba y estrellaba sus muñecas contra la pared, mientras les gritaba que eran tontas y no servían para nada. Aquello me parecía muy extraño. La bronca era con las muñecas; jamás con sus ositos ni ninguno de sus otros juguetes.

Lo próximo que descubrí fue un rechazo casi enfermizo de parte de Amanda hacia los niños de su edad, del que tampoco se salvaba Leo. Los consideraba "chiquitos" para ella. Al principio yo pensaba que mi hija era tímida, que por eso se aislaba de las demás criaturas, pero no tardé en comprobar que no era timidez, sino soberbia. Debe sonar sorprendente, por tratarse de una nena tan pequeña, pero ya entonces Amanda tenía ínfulas de grande. Siempre buscaba amigos entre chicos de diez años; como era natural, la echaban de todos lados o la trataban como a un bebé. Eso la indignaba, y venía a desahogar su frustración con nosotros. Terminó aislándose totalmente. Jugaba con sus ositos encerrada en su alcoba, mientras Leo pedía permiso para ir a la casa de sus amiguitos.

Yo ya había notado que no parecía una niña de casi tres años. Y no era solamente por su manera de hablar, con aquel lenguaje elevado que expresaba claramente sus ideas. El halo mágico, que yo había descubierto en ella cuando era un bebé, seguía estando. Su mirada melancólica y profunda, su llanto inesperado, su sorprendente madurez y comprensión... no eran propios de una nena de tres años. A veces me parecía tener a mi lado una niña grande, capaz de entender y percibir realidades que en la primera infancia están vedadas. Estaba

segura de que podría tratarla como a esos niños de diez años con los que se empecinaba en juntarse, y que eso le gustaría más que ser mi bebé.

O tal vez fuera mi imaginación, y Amanda solamente era seria y obediente. Nadie más percibía esas cosas en ella.

Por aquella época, Walter y yo tuvimos nuestro primer gran desacuerdo. El consideraba que yo era muy estricta con los niños. Jamás los golpeaba, pero cuando ordenaba algo quería ser inmediatamente obedecida y sin objeciones. Creo que empezaba a parecerme a mamá, a pesar de mis mil juramentos infantiles de no hacerles a mis hijos lo que me había hecho ella. Por el contrario, Walter tenía la fastidiosa costumbre de permitírsele todo y ceder a cada uno de sus caprichos, con la excusa de que eran chiquitos. Finalmente, acordamos solucionar nuestras diferencias a solas, para no desautorizarnos mutuamente frente a ellos. Yo traté de suavizar mi trato sin perder autoridad. A él empezaron a tomarlo de punto. Creo que es lo que sucede en muchas parejas, cuando los roles se invierten. El hombre, cansado de trabajar todo el día, prefiere disfrutar de sus hijos las pocas veces que está con ellos. La mujer, por tener que lidiar con los chicos todo el tiempo, se vuelve autoritaria e impaciente, lo que se potencia cuando se encuentra con que está sola con la responsabilidad de criar y educar a los niños. En todo caso, ya en ese entonces, no terminaba de convencerme el papel que me tocaba.

Quitando nuestras diferencias y el comportamiento en ocasiones inexplicable de Amanda, todo iba de maravillas. Éramos un matrimonio joven, con todas las oportunidades para progresar. Nuestros padres nos apoyaban en todo. Tenían especial debilidad por nosotros, en parte porque éramos los únicos casados, y en parte por los chicos, que eran sus únicos nietos. Los niños crecían sanos y fuertes. Leo se parecía cada vez más a Walter físicamente, pero era inquieto y travieso; me recordaba a mí misma, en mi infancia. Tenía la risa fácil y era tan simpático y comprador, que las pocas veces que me enojaba con él, terminaba perdonándolo. Amanda se parecía mucho a Renata. Tenía su misma carita delicada y hasta las manos con hoyuelos y el cuerpo largo y delgado. Pero su tristeza no tenía razón de ser. Como tampoco sus asombrosas afirmaciones, que persistían en el tiempo.

Capítulo VI

Fantasías de niña pequeña

Siempre fuimos una familia muy unida, insoportablemente metidos los unos en los asuntos de los otros a veces, pero como una manera de expresar nuestro cariño y preocupación hacia los demás solamente, no con ánimos de molestar ni perjudicar a nadie.

Incluíamos en el círculo a cualquier allegado. Las novias de Antonio –que se sucedían una tras otra sin indicios de que alguna llegara a ser finalmente la segunda señora Bianco (la primera era yo) –, el perpetuo e irremplazable Marcelo, novio de Renata desde que tenían él dieciocho y ella dieciséis, los “amigos” de Clara, a los que ella les permitía asomarse solamente en ocasiones muy especiales e ineludibles, debido a que todos teníamos una particular afición en ponernos a opinar principalmente sobre sus poco convencionales hábitos, y los amigos y amigas propiamente dichos de todos nosotros.

Pascuas, las fiestas de fin de año, los cumpleaños y cada acontecimiento extraordinario que surgiera (por insignificante que pareciera) eran la excusa perfecta para reunirnos y empezar a meter las narices en la vida de los demás, con la mejor de las intenciones. Yo había crecido con esa costumbre y la disfrutaba, aunque era la que menos novedades recogía. Como tenía una estrecha cercanía con mamá, Renata y Clara (que si no estaban visitándome me telefoneaban y nos quedábamos hablando entre diez y veinte minutos), me enteraba de las cosas en cuanto sucedían.

Así llegó un nuevo cumpleaños de Antonio. Lo festejamos en su casa, un sábado al mediodía, con un asado. Era un hermoso día de septiembre. Nos reunimos toda la familia y varios amigos. Uno de ellos se presentó con su esposa y su hija, una preciosa niña de cuatro años, que casualmente también hablaba portugués, porque habían vivido en Brasil una larga temporada. Todos esperaban que naturalmente Amanda se le acercara para jugar, pero, desbaratando todas las suposiciones, la niña permaneció alejada de ella, incluso incómoda por su presencia. Cuando Walter le preguntó por qué no iba a divertirse, ella replicó:

–Porque es muy pequeña, ¿no ves?

–Pero, hija, tiene un año más que vos –señaló él–. Y también habla muy bien portugués –agregó, tratando de impresionarla. No resultó.

–Igual, prefiero jugar sola.

Walter no insistió. Cuando le preguntaron qué sucedía con Amanda, replicó que tal vez no se sentía bien.

Aquello terminó siendo cierto. Esa noche, al prepararla para dormir, descubrí que tenía un poco de fiebre, la piel enrojecida y ronchas en distintas partes del cuerpo. Me apenó verla en ese estado, a pesar de que sabía que a la mañana siguiente despertaría sana. Para tratar de levantarle el ánimo, le leí un par de cuentos. Amanda escuchaba en silencio, pero cuando la miré a los ojos... parecía estar muy lejos de mí y de la historia.

Al día siguiente, estaba totalmente recuperada. Era una mañana perfecta: el cielo estaba despejado y el clima templado. Decidí aprovechar para llevar los niños a la plaza. Leonardo, en cuanto lo oyó, se impacientó por salir. Por el contrario, Amanda prefería quedarse en la casa. Al final decidimos que yo iría a la plaza con Leo mientras Walter y Amanda paseaban por las cercanías.

La mañana perfecta duró tres cuartos de hora. Leo ni siquiera pudo subir a todos los juegos ni terminar de presentarse con los niños que había allí. Mientras yo lo hamacaba divisé la figura de Walter, que se acercaba con Amanda en brazos. Pensé que la niña se habría arrepentido y que venían a la plaza a jugar, pero luego vi que Amanda estaba llorando desconsoladamente.

–¿Qué pasó, Walter? –pregunté, dejando de empujar a Leo, y tomé a la niña en brazos, para calmarla.

Antes de que él abriera siquiera la boca, fue la misma Amanda quien me respondió.

–Extraño a David. Quiero ir con él –sollozó. Me apenaron profundamente sus lágrimas. Pero me incomodó que nuevamente pronunciara aquel nombre. Habría dado cualquier cosa por saber quién diablos era este David y por qué mi hija estaba tan obsesionada con él. ¿De dónde lo habría sacado?

–Llévame con David, mai, por favor –rogó la niña. Parecía estar convencida de que yo podía solucionarle el problema. Suplicante, me miraba, esperando mi respuesta.

La abracé dulcemente.

–No sé quién es David ni dónde está, Mandy. ¿Por qué es tan importante para vos?

No contestó. Se secó las lágrimas y me pidió que la bajara. La vi alejarse unos pasos, seguida por Leo, que a pesar de ser tan pequeño cumplía a rajatabla con su papel de protector hermano mayor.

Entonces me volví hacia Walter, exigiendo con la mirada saber qué había pasado. El se encogió de hombros.

–No sé qué pasó, Julia. Estábamos de lo mejor, paseando, mirando las vidrieras, hablando, y de repente se nos cruzó una mujer con un nene de cuatro años... Cuando me quise dar cuenta, Mandy estaba corriendo atrás del chico, gritando “*David, David, ven conmigo; tenemos que volver a casa*”. Lo peor fue que los alcanzó. Se prendió de la mano del chico, como si lo hubiera conocido, y entonces, cuando lo vio bien, le gritó “*Tú no eres David; vete*” y siguió corriendo para cualquier parte. ¡No sabés lo que me hizo andar atrás de ella! Cuando la alcancé, estaba llorando. Lo único que hacía era repetir “*David, te extraño, quiero ir a casa*”.

Me encogí de hombros, sin saber qué pensar. Aquello no tenía sentido.

–¿Tenés idea de quién podría ser ese David? –pregunté, finalmente.

Walter movió la cabeza, desconcertado. Ninguno de los dos conocíamos a nadie con ese nombre.

Aquello recién empezaba.

Lo siguiente que hizo Amanda fue cuestionar su nombre. Fue un tiempo después del episodio en la plaza. Nos tomó desprevenidos durante el desayuno, un fin de semana. La niña no llegaba a cumplir los tres años y medio.

–*Mai, ¿por qué me dicen Mandy?*

–Porque te llamás Amanda, y Mandy es un diminutivo cariñoso, que la tía Clara inventó para vos –respondí.

Pero ella no parecía conforme.

–*Yo no me llamo Amanda* –aseguró, mirándonos alternativamente.

–Ah, ¿no?

–*No. ¡Yo me llamo Luz!*

El tono tranquilo y seguro con que lo dijo despertó nuestra curiosidad.

–Luz. ¡Qué lindo nombre! No se me había ocurrido –aseguró Walter–. Si el tiempo se pudiese retroceder, y ahora que lo sabemos, te hubiésemos puesto Luz Julieta, en vez de Amanda.

La niña arrugó la nariz.

–*No, Luz Julieta no me gusta!*

Leo la miró y la apoyó con un firme movimiento de cabeza.

–*¡Tiene razón! A mí tampoco me gusta que me digan Leo, como al signo del horóscopo. ¿Por qué no me preguntaron cómo quería llamarme?* –protestó.

–*Yo me llamo Luz Lilián* –continuó Amanda, sonriendo, orgullosa, sin prestarle atención.

–*¿Luz Lilián? ¿Y quién te puso esos nombres?* –pregunté, sorprendida.

Amanda se impacientó.

–*Mis padres!* –exclamó, dándolo por sobreentendido.

–Tus padres... –repitió Walter, sonriendo–. Bueno, Mandy, ¿tus padres no somos nosotros?

–*No. Mis padres... están muy lejos... No me acuerdo bien...* –y se quedó con la mirada perdida, esforzándose por recordar...

–*¿Y nosotros quiénes somos, según vos?* –preguntó Walter, asombrado ante su imaginación.

–*Walter y Julia Bianco!*

Leo nos miró, totalmente desorientado.

–*¿Qué dice Mandy?* –quiso saber–. No la entiendo.

Nosotros tampoco entendíamos. Primero David, ahora otro nombre desconocido y unos padres perdidos... Evidentemente, la niña tenía mucha imaginación mal canalizada. Pero, al mismo tiempo, era pequeña. No podíamos pretender que tuviera demasiado claras las diferencias entre el mundo real y lo que pintaban sus fantasías.

Las reacciones de Amanda eran súbitas e impredecibles. Podían doblarnos de la risa por ingeniosas y espontáneas, o angustiarnos cuando se convertían en

una crisis de llanto inconsolable. En ocasiones la escena se desarrollaba en la tranquilidad del hogar, pero en otras, el ambiente podía ser cualquiera.

La peor de todas transcurrió en casa de mis suegros. Habíamos ido a visitarlos una tarde, luego de que regresaran de unas vacaciones en Brasil. Cora tenía muchos deseos de enseñarnos las fotografías y Luis estaba empeñado en relatar cada suceso del recorrido. Estábamos cómodamente sentados en el sofá, viendo las fotos y oyendo las anécdotas; parecía una visita más a los abuelos. Leo y Amanda participaban de la excitación general y reían junto con nosotros por las cómicas observaciones de Luis, a pesar de que no entendían su doble sentido. Repentinamente, la mirada de Amanda se clavó en una de las fotografías y exclamó:

–*Mi casa!* –mientras señalaba algo con su dedito.

Sorprendida, Cora se detuvo.

–¿Te sentís mal, querida?

Amanda sacudió la cabeza, sin quitar la vista de la imagen.

–*Mi casa, pai! ¡Es mi casa! ¡Llévame a mi casa!*

Lo que empezó como un grito de sorpresa al cabo de unos segundos se había convertido en un llanto histérico. Amanda no dejaba de repetir “*É minha casa, é minha casa*” y empezó a tironear las mangas de la camisa de Walter, mientras le suplicaba que la llevase allí. Acostumbrada a los caprichos súbitos de los niños, Cora supuso que Amanda se había aburrido y quería volver a su casa. No nos quedó más remedio que marcharnos. La crisis de nervios de Amanda no terminó sino hasta que se durmió.

En esta ocasión no había sido para nada gracioso. No podía serlo, con una niña desconsolada, que se dormía a media tarde agotada por el llanto. ¿Qué le había pasado? ¿A qué casa se refería? Definitivamente, no a la nuestra, donde vivía con su familia. ¿Qué había visto, para que se desencadenara en ella tamaña desesperación? Walter y yo le dedicamos unos minutos al acontecimiento esa noche, antes de dormir, pero no le encontrábamos sentido. Nos afectaba el comportamiento de la niña, pero no teníamos manera de prevenirlo ni de consolarla.

Capítulo VII

Algo inexplicable

Para el quinto cumpleaños de Leo, Renata y yo organizamos su primera gran fiestita, en la que, además de la familia, incluimos a sus amiguitos del preescolar. Los niños llegaron a la casa acompañados por sus padres, quienes no perdieron la oportunidad para quedarse y disfrutar del copetín y los bocaditos que habíamos preparado.

Fue una hermosa celebración. Los chicos jugaron, corrieron y se divirtieron enormemente. Solamente Amanda se mantuvo apartada. Si bien ya me había acostumbrado a su retraimiento, no dejaba de molestarme y entristecerme. Poco antes de cantar el cumpleaños feliz, la encontré en brazos de Renata, que llevaba meses tratando de convencer a Marcelo de que tenían que casarse de una buena vez, porque ella quería tener hijos. Viendo la cara de Marcelo, supe que traerlo a este cumpleaños no había sido una buena idea. Si tenía que tomar como parámetro de “hijo” el mal comportamiento que había tenido Leo toda la tarde o el excentricismo de Amanda, supongo que habría preferido quedar soltero.

Fue, como ya dije, una linda fiestita. Chicos y grandes pasamos un buen rato. No hubo incidentes de ningún tipo en toda la tarde; nada que llamara mi atención, nada que pudiera servirme de indicio... Sin embargo, a la noche Amanda de nuevo tenía el cuerpo cubierto por el eritema y un poco de fiebre. Walter se quedó a hacerle compañía en su cuarto mientras yo bajaba a la cocina a preparar las compresas de manzanilla. Al regresar, con el té y el paño en un pocillo, creí oír que conversaban animadamente. Pero, en cuanto estuve junto a ellos, vi que la única entusiasmada era Amanda. Walter no hacía más que responder resignado sus cuestionamientos, ahora relacionados con su edad. Amanda estaba empeñada en que ella era la hermana mayor y que no estaba por cumplir cuatro años recién, sino muchos más. No recordaba exactamente cuántos, pero sabía fehacientemente que ya era una niña grande.

Walter trataba por todos los medios de cambiar de tema, de preguntarle qué le habían parecido las compañeritas de Leo, si estaba contenta porque entraría al Jardín el próximo año, cómo le gustaría que fuese su propio cumpleaños...

Pero, ante cada pregunta suya, Amanda aprovechaba para insistir en sus afirmaciones.

En vista de que no pensaba aflojar, y considerando que estaba enferma, decidí seguirle la corriente.

– ¿En serio? ¿Vos sos más grande que Leo? –pregunté, mientras la hacía acostarse para ponerle los paños sobre el cuerpo.

Amanda negó con la cabeza y me miró como si fuera tonta.

–*No, más grande que Leo no. Soy más grande que mi hermanito.*

–¿Cuál hermanito?

–*El que tenía cuando estaba con mis padres* –respondió, impaciente, y me ayudó a colocar los paños donde más ardor sentía.

–¿Y cómo se llamaba ese hermanito? –pregunté.

–*David* –contestó ella, en un tono que daba por sentado que yo tendría que haberlo sabido.

Miré a Walter de reojo. ¡David! Finalmente, se estaba revelando el misterio. Así que David era su hermano imaginario. Pero, aún ahora, algo parecía desencajar en esto.

La observé detenidamente. Su mirada era sincera y nostálgica. No parecía la de una niñita mimada por su familia y por la vida, que tenía todo lo que podía desear con sólo pedirlo. Era tan triste y profunda su mirada... y hablaba con esa seguridad amarga de saber que las cosas eran irremediables, irreversibles... ¿Qué penas había en su corazón? ¿Qué penas podía haber en el corazón de una niña de casi cuatro años? ¿Quiénes eran Luz, David y sus padres? ¿Por qué parecían tan reales para ella?

La ayudé a voltearse para ponerle un paño en la espalda. Luego le acaricié suavemente el cabello.

–Y bien, Mandy, ¿qué hacés acá, entonces? ¿Por qué no estás con David? –pregunté, con cautela.

–*Porque... hubo un accidente..., iy me perdí!* –suspiró en voz baja, con tristeza–. *Recuerdo que me llamaban..., trataron de sacarme..., ipero fue imposible! David sí se salvó. Yo me dormí. Había gente conmigo...; me trajeron con ustedes. Me prometieron que iba a estar bien. Pero al principio no me gustó. Ustedes eran desconocidos, y hablaban tan mal que tampoco podía entenderlos. ¿Te acuerdas, mai?* –preguntó, mirándome con sus hermosos

ojazos azules—. *Me sentía mal, muy mal..., por eso lloraba tanto. ¡Y sigo extrañando a mi familia!*

Miré a Walter, desalentada. Le había dado pie para que continuara con sus historias, y ahora se veía tan abatida y apagada que me arrepentía. Pero, de todas formas, no tenía idea de cómo manejar estas situaciones. ¿Qué nos convenía hacer? ¿Esperar que los años la hicieran olvidar sus fantasías? ¿Visitar algún psicólogo? La pediatra lo había sugerido una de las últimas veces que se presentó el eritema, asegurando que no había razones orgánicas para aquellos brotes. Pero Walter se negó rotundamente. Por el contrario, yo no me cerré a la idea, pero me parecía que Amanda era muy pequeña, y que tanto el eritema como sus relatos debían tener otra explicación. Pero, ¿cuál?

Amanda no quiso fiesta de cumpleaños; no, al menos, como la de Leo. De modo que nos reunimos en casa a nivel familiar, hice una torta, compré copetín para quince personas y un par de regalos: un grueso libro de cuentos y una lotería infantil de animalitos. Hacía rato que había renunciado a las muñecas; Amanda las odiaba. Ya no les gritaba ni las estrellaba contra la pared, pero las acomodaba como adornos en su repisa y jamás jugaba con ellas. Pero lo peor era ver su expresión decepcionada cuando las sacaba de su envoltorio... Como si hubiera esperado otra cosa.

Las tías y abuelas seguían comprándole muñecas, porque no me creían que Amanda no jugara con ellas. Las más viejas (las que había recibido cuando nació y en sus dos primeros cumpleaños) ya habían sido regaladas a sobrinitas y vecinitas de Emilia, gente muy humilde, que aceptaba de buena gana lo que tuviéramos para darles, ya fueran juguetes, ropa que no usábamos, chucherías viejas, que a nosotros nos parecían inservibles... Ellos remendaban y arreglaban todo lo que estuviera roto y le daban un buen uso.

Todo transcurrió normalmente hasta la hora de soplar las velitas. Cuando fui a buscarlas para ponerlas sobre la torta, habían desaparecido. Busqué aceleradamente por toda la cocina y el comedor, en vano. Y eso que podría haber jurado que las dejé a la vista.

Walter sugirió poner una vela común, de esas que se usan para los cortes de luz, asegurando que era una costumbre alemana llamada “la vela de la vida”, pero Amanda se negó y las tías y abuelas se pusieron de su parte. Tuvimos que cantar el cumpleaños feliz sin velas.

Esa misma noche, cuando todos ya se habían ido y yo estaba terminando de limpiar y ordenar el estar, encontré las velitas... en el tacho de la basura. Las miré, sin poderlo creer. ¿Quién las habría tirado, y por qué? Leo jamás haría nada parecido, y el resto de los invitados éramos adultos.

Le di vueltas inútilmente al asunto toda la noche.

Capítulo VIII

La visita

Algunas semanas después, Marcelo nos invitó a un almuerzo en casa de sus padres, en Resistencia. También estaban sus hermanas, con sus respectivos hijos. Tuvimos la mala suerte de que uno de los niños se llamara David. Al oír el nombre, Amanda giró la cabeza, rápidamente, casi desesperada, como buscando... Luego, al descubrir al pequeño, hizo una mueca de desilusión.

–*Él no es David* –aseguró, tristemente.

Walter la alzó y se apartó para explicarle que había muchos niños llamados David, así como había muchos que se llamaban Leonardo y muchas niñas Amanda. El hecho de comprender no le devolvió la alegría.

Como siempre, se negó a jugar con las sobrinitas de Marcelo, dos chiquillas de tres y cinco años, que habían llegado a casa de sus abuelos con todas sus muñecas. Sí se acercó a la mayor, que rondaba los doce años, y en vez de muñecas se había llevado la tarea del colegio: capitales de Europa.

–La capital de Inglaterra es Londres –recitaba, en voz alta, harta de esa técnica de memorización–. La capital de España es Madrid. La capital de Francia es París. La capital de Alemania es Berlín...

–Ya no –la interrumpió Amanda, que seguía atentamente sus palabras–. Ahora es Bonn.

El comentario pudo haber pasado inadvertido si Amanda hubiese contado con más edad. Pero que una niña de cuatro años supiera más de geografía que una de doce llamó la atención de todos, incluso la nuestra. En medio del profundo silencio, se oyó la voz cansada de Laura, que repetía:

–La capital de Alemania es Bonn. La capital de Italia es Roma...

De pronto, tuvimos a la madre de Marcelo sentada a nuestro lado, mirándonos admirada.

–Esa nena es una luz. ¡Los felicito! ¿Cómo lo lograron?

Sonreímos y nos encogimos de hombros, sin ocultar nuestro orgullo.

–Mandy es muy inteligente –aseguré, con toda naturalidad. Pero que fuera inteligente no explicaba que supiera tanto; podía simular ante una extraña, pero

no engañarme a mí misma. ¿Cómo sabía Amanda las capitales de Europa, y más aun, que la capital de Alemania había cambiado? Era incomprendible.

La madre de Marcelo, una gringa hija de alemanes e idólatra total de su pueblo, luego de lo sucedido acaparó a la niña por completo. Amanda no tenía nada que ver con el pueblo alemán, pero era rubia y de ojos azules, y eso le gustaba a la madre de Marcelo; me di cuenta de inmediato. Apenas pude seguirlas por toda la casa, mientras la mujer le enseñaba los recuerdos de su país.

–Este era mi traje favorito cuando tenía tu edad –explicó, sacudiendo el polvo de un encantador vestido primaveral, hecho en tela floreada, que contaba con su delantal blanco y puntillas. Me pregunté qué podía interesarle de eso a Amanda, pero la niña, en lugar de aburrirse, parecía muy entretenida.

–Aquí vivían mis padres, antes de la guerra –contó luego, mostrándonos una vieja foto en blanco y negro. En la imagen se podía apreciar un chalet típicamente alemán, bastante parecido a las casas de los inmigrantes que no podían romper con su pasado.

–Muy bonita –aseguré, por decir algo.

–Hamburgo –dijo Amanda.

Miré de nuevo la foto, para ver qué tenía de particular. Me pareció una casa alemana común y corriente. Pero la madre de Marcelo estaba admirada.

–¡Sí! –exclamó, contenta–. ¿Cómo lo supiste?

–Vi fotos como ésta antes –aseguró la niña.

Yo la observé con el ceño fruncido por la duda. ¿Amanda había visto fotos como ésta antes? ¿Dónde? Ya estaba por culpar a Clara, imaginando que le estaba enseñando cosas a escondidas y que ahí estaba la justa explicación a cuanto había sucedido. Pero lo que dijo la niña a continuación me cortó el habla.

–Mi mamá me mostraba las fotos de su familia. Sus abuelos habían nacido en Hamburgo. Tenían una casa igualita a esa.

–¿¡Eh!?! –exclamé. Lógicamente, no se estaba refiriendo a mí. Pero la madre de Marcelo no nos prestó atención, sino que continuó con el itinerario. Después de las fotos, un paseo por la habitación de los niños. Originalmente allí habían dormido los hijos del matrimonio, pero ahora era la sala de juegos de los nietos. Aviones, autos, títeres y muñecas se mezclaban en las repisas, en las que también se apilaban gordos libros repletos de historias infantiles.

–¿Te gusta? –preguntó la mujer, conmovida ante la expresión maravillada que tenía Amanda.

–¡Sí! –respondió la chiquilla, sin quitar la vista de la repisa. Observó uno a uno los juguetes allí expuestos. De repente, abrió desmesuradamente los ojos y la boca. En un primer momento no supe si estaba asustada o solamente asombrada. Un segundo después, soltó una exclamación de sorpresa y señaló algo, al tiempo que exclamaba–: ¡Luciana!

Se me erizó la piel al oír aquel nombre, como si hubiese traspasado las barreras del tiempo. ¿A quién conocía que se llamara así? Repasé mentalmente la lista de familiares, amigas y compañeras de estudios, pero no recordé a nadie.

–*¡Luciana, no lo puedo creer!* –Amanda aun estaba como petrificada en su lugar, y había empezado a hablar en portugués nuevamente–. *¡Por fin! ¡Pensé qué nunca más...!*

Miré hacia donde estaba señalando. Se trataba de una de las muñecas, que se destacaba entre las demás por ser evidentemente antigua y de porcelana, vestida con un inconfundible traje típico de un color tan gastado que había que adivinarlo. Un recuerdo se agitó en mi mente, demasiado borroso para satisfacerme.

–*Pero, ¿cómo llegaste hasta acá?* –parecía realmente desconfiada. Toda su euforia de segundos atrás se había esfumado. Ahora la escudriñaba, casi con rechazo.

La madre de Marcelo, que ignoraba estos arrebatos, alcanzó la muñeca y se la ofreció. Amanda la observó detenidamente: el largo cabello rubio, los ojos redondos, el viejo vestido... Meneó la cabeza, disgustada, mientras le devolvía el juguete.

–No es Luciana –suspiró.

–Me temo que no –acordó la gringa, mientras le echaba una rápida ojeada–. Esta muñeca se llama Pedrita. Antes de eso fue Lulú, y antes, Marianne. Me parece que la confundiste con una de tus muñecas. ¿Es parecida a ésta? –la puso en su lugar y se quedó mirando a la niña, cordialmente.

Amanda no respondió de inmediato. Suspiró un par de veces antes de hablar.

–Más o menos. Luciana está mejor cuidada. Tiene un vestido hermoso, el cabello enrulado y los ojos marrones. Mi tía me la regaló para mi cumpleaños,

hace mucho. ¡La extraño tanto!... Se supone que mi hermano me la tiene que mandar..., pero ¡era tan chiquito!...

De nuevo mezclaba sus fantasías con la vida real. Hubiese preferido que se quedara callada.

Decidí interrumpirla. De vez en cuando, era conveniente y necesario ubicarla en la realidad, porque si seguía dándole rienda suelta a su imaginación, acabaría por volverse mentirosa.

–Mandy tiene unas cuantas muñecas, pero ninguna como ésta. ¿Es de porcelana?

La mujer asintió.

–¡Luciana sí es de porcelana! –me contradijo la niña, disgustada.

La mujer me hizo un gesto cómplice, restándole importancia. Cuando la niña se alejó, susurró algo en mi oído.

–Los niños son así. Están aprendiendo. Se confunden. No hay que darle más importancia de la que tiene.

Era cierto. Tal vez había exagerado, pero la madre de Marcelo ignoraba las verdaderas dimensiones de estas fantasías. Primero David, luego un nombre jamás oído, unos padres desconocidos, y ahora una muñeca. Y lo más llamativo, era que todo parecía tener una coherencia muy natural en la mente de la niña, como si todos esos elementos realmente formaran parte de su vida.

Capítulo IX

Dieciséis de agosto

El eritema de Amanda siguió presentándose regularmente. Yo me había resignado a la idea de que atacaría a la niña por el resto de su vida. Por más que traté, jamás le encontré un detonante, una razón lógica de ser. Sencillamente, algunas noches, al cambiarla para dormir, sentía su piel caliente y enrojecida, como si se hubiera quemado entera. Sucedió siempre en Nochebuena, en algunos cumpleaños, y en los días más rutinarios de nuestras vidas. No había explicación ni cura.

En realidad, la pediatra había sugerido una alternativa antes de que Amanda cumpliera los cuatro años. Según ella, no había explicación orgánica alguna, pero estaba convencida de que un psicólogo daría en la tecla. No es que considerase a la niña con malos ojos; Amanda era una nena excepcional... Pero no podía olvidar la serie de inconvenientes que habíamos atravesado con ella desde el primer momento. Si la medicina convencional se había quedado sin respuestas, debíamos buscar otros caminos.

No me pareció una mala idea, pero Walter se opuso. No hubo manera de persuadirlo. El no veía en Amanda nada que justificara un tratamiento psicológico. Para él, no era un problema de su hija, sino de la doctora, que no sabía hacer su trabajo.

Además del eritema, continuaron sus afirmaciones. Ya no despertaba por las noches llamando a su padre, pero frecuentemente mencionaba a David y otros nombres desconocidos por nosotros. También empezó a alternar el portugués con el castellano. Cuando notaba que alguien no la entendía, hablaba en español. Pero jamás renunció totalmente al portugués.

Cuando estaba por cumplir cinco años, Clara y Renata quisieron organizarle una fiestita con algunas amiguitas del jardín, pero la niña se negó rotundamente, igual que el año anterior. De nada valieron las promesas de muchos invitados, música, globos, regalos, tortas, muchas papas fritas... Clara incluso ofreció disfrazarse de payaso o hada madrina, para animar la fiesta y hacerla más divertida. Pero Amanda no quería celebrar.

–Me aburren las nenas del jardín –aseguró, enojada–. Además –prosiguió, impávida–, mi verdadero cumpleaños es el dieciséis de agosto.

–¿Dieciséis de agosto? –preguntó Renata, asombrada–. ¿Como mamá?

Cuando me contaron el episodio, me encogí de hombros y le resté importancia.

–Recién va a cumplir cinco años –les recordé, poniendo en práctica el sabio consejo que alguna vez me diera la madre de Marcelo–. No puede tener una gran noción de las fechas. Se habrá confundido.

–¡No estoy confundida, no quiero fiesta y mi cumpleaños es el dieciséis de agosto! –gritó Amanda, contrariada.

La miré detenidamente y con calma, en busca de un indicio que me señalara lo que pasaba por su mente. No se veía como una chiquilla desconcertada que mezclaba los tantos. Al contrario, parecía completamente convencida de lo que decía.

–Dieciséis de agosto –repetí–. ¡El mismo día que mamá!

–Amanda dice cosas muy raras a veces, Julia –aseguró Renata, que ignoraba totalmente las situaciones que habíamos vivido con la niña–. ¿Qué tiene esta nena?

–Es una pequeña ermitaña. No le hagan caso. Si no quiere fiesta, mejor para ustedes; menos trabajo –repliqué. Seguidamente inventé una excusa para que Renata y Clara se fuesen. Imagino que habrán cavilado algún tiempo acerca de los comentarios de la niña para después olvidarlos. Pero, para mí, había llegado el momento de poner límites. Después de todo, Amanda estaba por cumplir cinco años. Ya tenía edad para diferenciar la fantasía de la realidad. Especialmente, cuando la fantasía, muchas veces, había terminado con una crisis de llanto desesperado de parte de ella, y suplicaba que se la devolviera a una casa, con unos padres y un hermano que solamente existían en su imaginación.

–Amanda –comencé, con dulzura y firmeza al mismo tiempo–, vos siempre supiste que tu cumpleaños es el dos de julio. ¿Cómo fue que inventaste ahora el dieciséis de agosto? ¡Y encima delante de las tías! No tenés que hablar de estas cosas con ellas, porque no te van a entender ni las van a aceptar como lo hacemos papá y yo. Ellas no saben nada de Luz...

–Sí saben, mai. Yo les conté.

Bien, ya estaba hecho. Me imaginé las caras de Clara y Renata mientras Amanda les hablaba de Luz, David y sus padres. De seguro que ni siquiera la tomaron en serio.

–Así que les contaste. ¿Y qué dijeron?

–*Nada. Se burlaron de mí y dijeron que dejara de inventar tonterías* –se quejó la pequeña.

La abracé y la senté sobre mis rodillas.

–Cuando yo era una nena, los grandes generalmente no me tomaban en serio ni en cuenta –le conté–. Yo era chiquita, pero me daba cuenta de que la mayoría de las veces que respondían a mis comentarios, era por amabilidad, no porque me creyeran ni les pareciera importante. Creo que estás pasando por lo mismo, hija. Por eso te voy a pedir un favor. No vuelvas a mencionar a Luz delante de desconocidos, aunque sean los tíos o los abuelos.

–*¿Por qué?*

–Porque no lo comprenderían. Yo sé que para vos Luz es asunto serio, y no quiero que te sientas herida por sus comentarios, como el de las tías.

Amanda no replicó, pero su carita expresaba una enorme frustración. Me sentí culpable, pero deseaba protegerla de actitudes y gestos que, aunque involuntariamente, pudieran lastimar sus sentimientos. Y por primera vez, me felicité por no haber comentado nunca con mi familia las ocurrencias de mi hija.

Al principio no lo había hecho porque, aunque me llamaban la atención, no dejaban de ser piezas sueltas, que bien poco les hubieran interesado. Recordaba las palabras de mamá y de Cora en la época cuando Amanda se negaba a hablar, cuando empezó a hacerlo en portugués... Apresuradas, impacientes, casi indiferentes a veces. *“Es normal que no hable”, “Dejala”, “Es una criatura”, “A lo mejor tiene mala dicción”*... ¿Quién me aseguraba que no saldrían con algo similar ahora?

No. No la hubieran entendido. Como no la entendía yo. Pero, a diferencia de mí, existía el riesgo de que lo tomaran como algo gracioso, para hacer bromas y fastidiar a la niña. Clara y Renata casi acababan de hacerlo. Por eso, prefería seguir guardando el secreto.

Capítulo X

Tía Elena

Mamá cumplió cincuenta y cinco años el dieciséis de agosto. ¿Habría tenido alguna relación ese dato real con la imaginación de Amanda?

Hubo una gran fiesta de cumpleaños, a la que invitamos a toda la familia, vecinos y amigos. Pero a quien todos esperábamos ver con gran expectativa era a la señorita Elena Santana, invitada de honor, vieja amiga de mamá y de Cora. Justamente pertenecía a su misma generación, y como habían crecido juntas, tenían demasiadas cosas en común y numerosos recuerdos. Acababa de regresar de un largo viaje por Brasil, donde tenía familiares cercanos. Volvió cargada de fotos y regalos. Renata y yo la conocíamos como “tía Elena”, la mágica, la que viajaba y enviaba postales y regalos desde todas partes del mundo. No era de extrañar que exactamente así la conocieran también Walter y sus hermanos.

Se me presentaban pocas oportunidades de conversar con esa agradable mujer, y dado que todos parecían querer estar con ella más que con la cumpleañera, aproveché que Elena se acercara a saludarme para preguntarle por su familia e iniciar un diálogo.

—¿Cómo encontró a todos?

—¡Muy bien! Sobre todo a los chicos. ¡Es impresionante cómo crecen las criaturas!

Recordaba como un dato lejano que Elena tenía un par de sobrinos, pero no sabía nada acerca de ellos. Haciendo cálculos, tendrían que haber sido adolescentes de alrededor de quince años. Pero ella acababa de mencionarlos como “criaturas”. Decidí sacarme las dudas.

—¿Cuántos años tienen?

Su respuesta me sorprendió enormemente.

—El varón tiene diez años, y Lili cumplió uno en junio. Justamente viajé para estar con ellos en sus cumpleaños. Vi como la nena aprendía a caminar y ya me dice “Lena”. ¡Es tan hermosa! Me llama la atención que tu madre no te cuente nada sobre ellos, porque siempre le comento las novedades.

Me sentí avergonzada, como si hubiera cometido una falta, pero lo cierto es que estaba tan acaparada por mi propia familia, que no prestaba demasiada atención a los comentarios de mamá sobre la vida de sus amigos y conocidos.

–Discúlpeme, tía, pero a veces tengo tantas cosas en la cabeza...

Ella sonrió y sacudió las manos, restándole importancia.

Yo quería aprovechar para mostrarle mis hijos. Elena los había visto por última vez cuando tenían Leo tres y Amanda dos años. Podría apreciar cuánto habían crecido y lo hermosos que eran. A duras penas pude sostener a Leo por unos segundos y arrancarle un educado saludo para la mujer. El niño se había hecho amigo del nieto de un vecino, y le resultó un fastidio interrumpir sus juegos para ir a saludar a una mujer vieja que no conocía. Fue distinto con Amanda. Se le acercó corriendo y la abrazó efusivamente, como si hubiera sido alguien de la familia. Aquello me llamó la atención. Pero decidí pasarlo por alto.

–Esta es mi nena, ¿la recuerda? Cumplió cinco años en julio –le conté.

–¡Ah, Mandy! ¡Por fin te vuelvo a ver! ¿Cómo estás?

–*Bien, tía Elena.*

La mujer sonrió con ternura, y la alzó, para poder abrazarla mejor. Yo las miré con asombro. ¿De dónde había sacado Amanda esa súbita confianza, cuando normalmente era arisca con todo el mundo? En toda su vida había estado en presencia de Elena no más de dos veces, y la última había sido hacia tres años. No entendía esa natural confianza que demostró ante la mujer. Pero me gustó mucho. La educación de Amanda compensaba la descortesía de Leonardo.

–*Eras una nena muy chiquita la última vez que te vi. En estas ocasiones me doy cuenta de lo rápido que pasa el tiempo. ¿Ya tenés cinco años? ¡Me parece que fue ayer que Giuliana me contó que habías nacido! Todavía conservo la foto que me regaló y todas las que me dio después.*

Amanda sonrió, sin dejar de mirarla con adoración, y Elena la abrazó nuevamente, con ternura. Yo observé que Amanda no pataleaba ni exigía que la bajara, como hacía habitualmente con sus tías y abuelas.

–*Traje algo para ti de Brasil* –prosiguió Elena, cambiando de tema–. Pero me da un poco de vergüenza con vos, Julia –añadió, en castellano, mirándome indecisa–. Se trata de una muñeca. No es nueva, pero está en excelente estado. Me la dio mi hermano para que se le regalara a Mandy, en nombre de todos. Se

encariñaron con ella después de todo lo que les conté. ¿Qué les parece? ¿Aceptan?

Estuve a punto de decirle que no, con todas las disculpas del caso; no porque fuera usada, sino porque Amanda no jugaba con muñecas, pero algo en la expresión de la niña me contuvo. Amanda estaba fascinada y miraba boquiabierta a Elena. Paulatinamente, en el plazo de unos pocos segundos, la fascinación se convirtió en una euforia paralizante. Tardó en reaccionar.

–¡Sí! –exclamó finalmente.

–*¡Perfecto! Pero voy a quedar en deuda con Leonardo. Te invito a que vayas a mi casa esta semana, con tu mamá. Ahí tengo la muñeca. ¿Qué decís, Julia?* –preguntó, volviéndose hacia mí, expectante.

Me pareció una buena idea. Además, se veía tan entusiasmada que me habría resultado difícil negarme.

–De acuerdo –asentí. Pero seguía sin entender la reacción de Amanda.

–Llevá también a Leonardo. Voy a buscar algo lindo para él, así ambos reciben un regalo.

La abrazó dulcemente una vez más y la bajó. Amanda salió corriendo a contarle la noticia a su hermano. Elena la vio perderse entre los invitados.

–No se tendría que haber molestado, tía –dije, en tono de agradecimiento–. De por sí Mandy es muy mimada.

–No me molesté, Julia. La muñeca era de una sobrina...

–¿iNo habrá sido de la pequeña Lili!?

–iNo, fue de su hermana! –aclaró Elena, pero inmediatamente se detuvo, como lamentando haber hablado–. La nena tiene muchos juguetes y juegos didácticos. Además, lo que les conté es cierto: mi hermano me dio la muñeca para ella, porque todos quedaron... Puede sonar exagerado, pero les hablé tanto de Mandy, que terminaron encariñándose. ¿No te molesta, verdad?

–iClaro que no, tía!

Era absurdo. Muchos se encariñaban rápidamente con Amanda, porque era una niña encantadora y muy expresiva, ¿pero que simpatizaran por comentarios?... Parecía inverosímil, especialmente teniendo en cuenta que ni siquiera Elena la conocía tanto como para justificar el trato que acababa de darle. ¿Qué tanto podía importarle la nieta de unas amigas? ¿Qué tanto podría haber comentado de ella a su familia?

Hubo otra cosa que llamó aún más mi atención. Elena solamente mencionó a dos chicos cuando habló de sus sobrinos. ¿De qué hermana hablaba ahora? La expresión de su rostro me impidió preguntárselo.

–Acordate de ir esta semana, Julia, con los chicos –me recordó Elena, en tono casi suplicante–. Una tarde de estas. ¡Vamos a pasarla bien!

Se lo prometí una vez más. Para ella parecía muy importante esta visita.